Del Movimiento Nacional a la Movida Comarcal

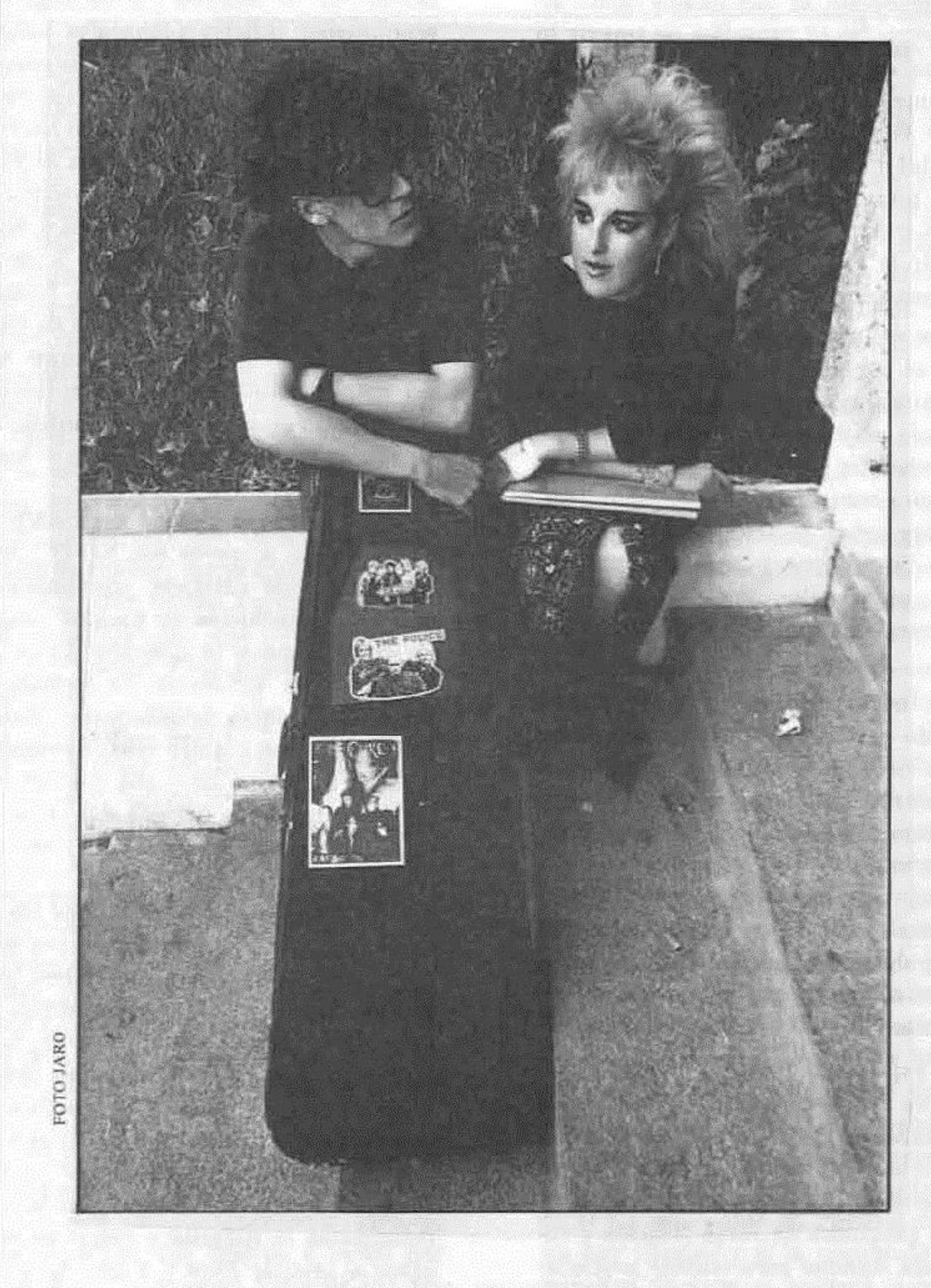


FOTO JARO

MONCHO ALPUENTE

Las severas aunque paternales autoridades franquistas en el campo de la cultura y de la educación y los santos padres de la jerarquía nacional-católica, coincidían en señalar a los jóvenes como niños crecidos, adultos a medio hacer a los que había que preservar de las corruptoras influencias, extrañas y extranjerizantes, que pudieran turbar la compostura de sus nobles almas de mártires y guerreros. No se cansaban de repetir lo difícil que resulta enderezar a los arbolillos que se tuercen durante su delicado desarrollo y temían, sin que les faltara razón, que a través de la engañosa capa del modernismo pudieran soplar los vientos de la pornografía, las drogas y el nihilismo. Excépticos y materialistas, los podridos vástagos del árbol de la Patria serían presa fácil del marxismo o del anarquismo.

En la Francia de la postguerra, los jóvenes se dejaban barba y se hacían existencialistas, traspasados por la angustia vital no tardaban en entregarse a la bohemia en húmedas y oscuras cavernas donde una individua pálida y vestida de negro se lamentaba con acompañamiento de acordeón. Aquí, mientras, los niños dejaban de ser Flechas para convertirse en Pelayos y seguían cantando himnos marciales en pantalón corto, cara al sol y brazo en alto, prietas las filas y nevadas las montañas.

Los jóvenes norteamericanos, cuyos padres habían sobrevivido a un par de guerras mundiales celebradas fuera de casa y ahora se entretenían jugando con la energía atómica, decidieron que no querían parecerse a sus mayores, se hicieron pacifistas, se dejaron el pelo largo y frecuentaron dudosas compañías, bluesmen negros, alcohólicos mexicanos, traficantes de drogas y monjes budistas. Les llamaron «betaniks», vivían en la carretera y paseaban si insatisfacción por medio mundo, en el fondo de sus mochilas.

Los jóvenes españoles, mientras tanto, terminado su período de formación con el servicio militar, después de haber cantado más de setescientas veces las susodichas canciones de gesta sobre amaneceres y luceros, se dejaban el bigote y aprendían viriles canciones de Jorge Negrete y romanzas de zarzuela, aunque para tantear precariamente a sus futuras cónyuges prefiriesen acaramelados boleros y canciones románticas, trágicas tonadillas o raciales pasodobles.

La música juvenil estaba presente en las rondallas de pulso y púa, en los orfeones y escalonías, en los coros y danzas y en las demostraciones gimnásticas. La cultura juvenil irrumpía en los tebeos con aquellos héroes cristianos que combatían con el nombre de Santiago en la boca y acuchillaban infieles a mansalva como Rambos enloquecidos. En los tebeos de «Hazañas Bélicas» los alemanes no eran tan malos y los aliados no eran tan buenos, los peores de todos: los rusos, y luego, con la inclusión de España en el Plan Marshall, los japoneses. Un prolífico novelista juvenil colocaba en el mismisímo Far West a un hidalgo castellano, un portugués gracioso y un extravagante pero sabio juez alemán, tres razas heróicas y ejemplares. En los cuadernillos de Ciencia-Ficción de la serie Diego Valor, el mayor espaciopuerto del mundo estaba en Alcalá de Henares; para no ser acusado de racismo, el guionista, militar profesional, había pintado de verde a los extraterrestres malvados.

Los primeros atisbos del rock'n roll supongo que llegaban a través del NO-DO, noticiariocinematográfico de obligado cumplimiento dominical, entre una exhibición de ganado porcino en la Feria del Campo y la elección de la Reina de las Fiestas de la Vendimia. Un locutor engolado subrayaría en off lo extravagante y procaz de aquel baile de negros y quizá citase la opinión de un galeno bárbaro, que afirmaba que los descoyuntados movimientos de la extraña danza causaban espantosas lesiones en las vértebras y en las articulaciones de los bailarines.

También en Estados Unidos los padres blancos mostraban preocupaciones por el excesivo interés que sus retoños mostraban por la salvaje música de color, y los predicadores detectaban la influencia satánica del rock'n roll, que hacía que jóvenes blancos, a veces de buena familia, se contonearan como derviches e imprimieran a sus pelvis aquellos movimientos giratorios, que quizá turbaban sus sueños de castos varones dedicados al servicio del Señor. Las cámaras de la televisión estadounidense se negaban a tomar de la cintura para abajo al temible Elvis y a sus imitadores, que cundían también en las Islas Británicas y en Europa.

El rock edulcorado de Paul Anka, Pat Boone y sus muchachos sirvió como sustitutivo inocuo de aquella droga poderosa, pero el mal estaba hecho.

España no corría peligro por el momento, los jóvenes no tenían un duro para comparse un tocadiscos, en las radios triunfaban Antonio Molina, Valderrama, y en la gramola de papá el dúo de «Gigantes y Cabezudos» o «Las Bodas de Luis Alfonso».

Pero el veneno fue calando poco a poco, las grandes multinacionales de los electrodomésticos y los microsurcos se asentaron en España y las ventajas del progreso llegaron a las clases medias.

Las primeras producciones de «rock'n roll» nacionales estaban supervisadas, controladas, y muchas veces interpretadas, por maduros profesionales que miraban por encima del hombro a los incipientes rockeros a los que obligaban a interpretar versiones completamente aberrantes de los éxitos internacionales del momento. Los autores de la adaptación literaria solían ser veteranos libretistas de teatro chino, poetas de pasodoble, funcionarios de la copla y del cuplé que en muchas ocasiones desconocían el idioma original y que rellenaban las estrofas con inverosímiles pareados y atroces estribillos. No es que los espontáneos letristas originales fueran excelsos poetas o brillantes intelectuales, pero sus traductores les hacían aparecer a los oídos del público como subnormales profundos.

La única excepción, o al menos la más importante que recuerdo, era la del genial rockero azteca Enrique Guzmán, solista de los «Teen-Tops», cuyas adaptaciones de Elvis o de Little Richard bordeaban el dadaísmo. Era preferible escuchar cosas como «Yo tu confidente soy y yo a secundaria voy, soy tu confidente voy asecundaria, vamos a bailar el rock», o «Ahí viene la Plaga, le gusta bailar y cuando está rockanroleando es al reina del lugar». Digno émulo del mexicano, Miguel Ríos no se cortaba para cantar aquello de «Mi amor entero es de mi novia Popotitos, sus piernas son como un par de palillitos».

Cuando en los años sesenta los textos alcanzaron mayor complejidad y más intención, el panorama español siguió siendo igualmente penoso, veánse las versiones de los Beatles a cargo por ejemplo de los Mustang, o aquel disco de los Rolling Stones en el que «Lets Spend the night together» («quiero que pasemos la noche juntos»), se había convertido en «No quiero que me dejes».

La crisis comenzó con la canción protesta, las jóvenes intelectuales de falda escocesa cambiaban a María Dolores Pradera por Joan Baez y en Cataluña, influenciados por los saldos del existencialismo de boulevard y luego por los héroes del «folk-song» surgieron temibles cantantes con guitarras cargadas de futuro. En Euzkadi, que entonces se llamaba «Las Vascongadas», una individua cantaba poemas de Mao Tse Tung traducidos al euskera.

El «folk-song» se impuso entre los jóvenes más intelectualizados que acabaron por descubrir sus raíces entre las ruinas de los Coros y Danzas, tan vilipendiados, y en las parroquias progres del extrarradio los curas cantaban «Blowind in the Wind» durante la misa, con algunas acotaciones al texto de Bob Dylan.

El «rock'n roll estaba mal visto desde la izquierda, como signo de colonización yanqui; el folk-song, aunque tuviera la misma procedencia, animaba a buscar las raíces aunque fueran cavando en el asfalto, y además algunos de los místicos pioneros del género cantaban himnos de las Brigadas Internacionales y criticaban a Franco en las grabaciones en directo. El rock estaba proscrito por escapista y, mientras, las casas de discos ofrecían a los jóvenes un pop deshidratado y ñoño que sonaba a laboratorio.

Para compensar la influencia extranjerizante, en 1959 habían sido creado el Festival de la Canción Española de Benidorm, organizado por la Cadena Azul y por la Red de Emisoras del Movimiento. Ante los asombrados ojos del turismo internacional, que no tardó en quedar encantado con aquello, cantantes en escotado traje de noche, inclinadas por el peso de tanta bisutería y galanes lánguidos y amanerados competían por la codiciada sirenita. Vivero de grandes artistas y pasarela para el más alucinado de los desfiles, Benidorm dió sus últimos espasmos pariendo de su seno un monstruo: el inefable Julio Iglesias.

En los últimos años, el Festival del Movimiento se ha convertido en Festival de las movidas, ya no hay sirenita y si la remilgada presentadora de aquellos tiempos se hubiera encontrado en el es-

cenario con participantes como los de ahora «Círculo Vicioso», «Bajas Pasiones» o simplemente «Tarzán y su puta madre ocupando piso en Alcobendas», nombre real de un aguerrido grupo madrileño, se habría desmayado y caído sobre las primeras filas, en las que se solía sentar el gobernador civil de la provincia, el alcalde y los miembros de la Comisión de Festejos.

Pero ni Benidorm, ni el pop prefabricado, ni los cantores de protesta representaban el espíritu del «rock», su espontaneidad se perdía en un bloque de intermediarios, su fuerza se diluía en adaptaciones estúpidas y se difundía a través de grupos y solistas domesticados por la más provinciana, senil e ineficaz de las industrias, la industria discográfica nacional, insensible a los cambios de orientacioromiscuidad hippy en la que todo está permitido, es cuando comienzan a mezclarse músicas y conceptos, ideologías y misticismos, alucinógenos y rock'n roll, revolución y experimentación. La visión que la llamada sociedad adulta ibérica tiene de estos fenómenos podría reflejarse en un film español de la época: «Una vez al año ser hippy no hace daño», en el que Manolo Gómez Bur, con peluca, lidera el grupo músico-vocal «Los Hippiloyas», o en aquella otra en la que Manolo Escobar, sin despeinarse, evita que la honrada Conchita Velasco se convierta definitivamente en una chica ye-ye, con el pelo alborotado y las medias de color, aunque decente.



FOTO JARO

Entre la marginalidad y el subdesarrollo, entre lopsicotrópicos y el sitar hindú, oliendo a incienso y a marihuana, la contracultura y el underground se abren paso a través del duro caparazón ibérico pero sus frutos, llámense Smash o Pau Riba, Máquina o Fusión, se pierden aislados de su

público por escasa distribución de sus artesanales discos, y por la falta de circuitos para expresarse y sobrevivir.

EL «Rock» se ha hecho mucho más complejo, pero sigue conservando algunos de los trazos fundamentales: Reivindicación generacional, afirmación de la juventud, no como una etapa en el camino de la madurez, sino por sí misma, enfrentada al mundo de los adultos; algunos neomarxistas como el celebrado Marcuse llegan a instituirla como una clase, ellos, los jóvenes, se identifican más bien con una tribu, la nación de Woodstock, que acabó con la guerra del Vietnam para volver a las andadas con Ronald Reagan.

Algunos críticos, como el preclaro Nick Cohn, achacan a estos chicos de Woodstock, consumidores de drogas y de ideologías, el que el pop haya perdido su antigua ligereza, su inmediatez y su impulso vital para comerse el coco con pseufilosofías de salón, esoterismos y literatura barata. Este sueño de la razón producirá monstruos empeñados en dejar para la posteridad grandes sinfonías en lugar de pequeñas canciones. El síndrome de «Pink Floyd» planeará sobre parte de los años setenta.

El revulsivo del «punk», es un tipo de virus que suele producir a menudo el cuerpo del «rock», para purgarse de sus vicios y de sus enfermedades. No está amañado desde fuera y por eso, aunque es utilizado y reciclado, a menudo sobrevive más allá de los límites naturales de su edad, y sigue influyendo poderosamente en la música de hoy, mezclado con otros ingredientes. En España cala potentemente entre los hermanos pequeños de los cantautores, entre los hijos de los atribulados progres, en las calles y en las alcantarillas de las ciudades. Hartos de ideologías y de profundas búsquedas existenciales, los punkis regresan a los orígenes cavernícolas del rock'n roll, y escupen con ferocidad alrededor dispuestos a la lucha.

Pero, Oh paradoja de las paradojas, llegan en un momento en el que este país ha vuelto a la democracia. A diferencia de sus predecesores, muchos de los nuevos demócratas aman el rock'n roll, o al menos no lo desprecian. Avidez de votos juveniles, las instituciones locales, autonómicas y estatales abren sus brazos a sus hijos díscolos, organizan festivales de «rock», editan comics y fanzines, producen videos y patrocinan muestras culturales en las que periodistas y críticos de mediana edad, pioneros en tan esotéricas disciplinas, disertan sesudamente sobre la influencia de Sid Vicious en la iconografía mundial de los años ochenta y la Génesis del movimiento «punk» en los arrabales de Birmingham.

Mientras, los políticos, escupidos por miles de jóvenes entusiastas que agradecen a su manera el esfuerzo de sus legítimos representates por ofrecerles sana y gratuita diversión, aturdidos por el bullicio ensordecedor de guitarras asesinas, pero con la mejor de sus sonrisas, estos héroes locales, autonómicos o municipales, funcionarios al servicio de la cultura juvenil, se quedan prendidos en los remaches metálicos de las chupas rockeras cuando abrazan a los líderes de los grupos vencedores del Trofeo Villa de Madrid o de Almagro, de Jerez, del Puerto de Santa María o de la campiña burgalesa, artistas que entre latas y botellas voladoras acaban de enviar al infierno a todos los políticos, han alabado hasta desgañitarse los placeres del sexo y de la droga como acompañantes del rock'n roll, y han invitado a las masas a la sublevación y a la anarquía. Afortunadamente, a muchos no se les entiende la letra.

¡Dios salve al rock'n roll, y proteja a tan ilustres mecenas, dándoles fuerza para continuar en tan ingrata misión redentora!

Nota: El presente artículo fue escrito por Moncho Alpuente para el Encuentro de Músicas de Vanguardia «EXPRESION 86», celebrado en Jerez de la Frontera los días 24/26 de octubre pasados. En un libro, a editar próximamente por la Diputación de Cádiz, aparecerán todas las ponencias del Encuentro, escritas entre otros por Diego Manrique, Servando Carballar, etc.
FOTOS: JARO
